

Los locos de la nave

Andrea Angulo Menassé

Caminando en tacones altos, la hoz y el martillo pintados en la mejilla izquierda, una tarde de 1986 Lemebel leyó por primera vez su "Manifiesto de la diferencia". Tan importante para muchos no solo por lo que decía, sino también por el escenario que eligió para decirlo; una reunión del partido comunista de Chile. El guante, el gorro, la cara fondo blanco, las estrellitas soviéticas al interior de la hoz, el tono, el volumen de la voz mientras recitaba, el encaje de su atuendo acuerpando un cuerpo trans. Decidió romper el silencio cómplice que Eve Kosofsky Sedgwick (2008) vinculaba con la "Epistemología del clóset" (Urtsun, 2012, p. 202).

Cuando se trata de publicar literatura homoerótica sigue habiendo un tenso vacío. En el campo intelectual latinoamericano ha predominado una "pedagogía del silencio" tanto en el terreno de la crítica como en el de las historias y las antologías sobre las producciones ficcionales centradas en la temática de las sexualidades. Por eso el *Manifiesto* fue publicado hasta el año 2002, cuando el poeta ya estaba completamente distanciado de cualquier rama del comunismo chileno, con la excepción de su amistad entrañable con Gladys Marín, Secretaria del Partido Comunista en Chile (Urtsun, 2006, p. 202).

En 1987 fundó el colectivo artístico "Las yeguas del Apocalipsis" junto con Francisco Casas, estudiante de literatura, en ese entonces, y activista con quien diseñaba intervenciones en el espacio público. Juntos aparecían en lanzamientos de libros y exposiciones de arte donde se presentaban acompañados de todas las armas de la provocación y lograban con su elegante presencia abrir conversaciones sobre la visibilidad homosexual, los derechos humanos en tiempos de la dictadura y el SIDA: "nosotros no nos enfrentamos contra la dictadura, la dictadura se enfrentó contra nosotros y más que un gesto artístico, poner en escena temas que no se hablaban; fue un acto político" (Off the Record, 2001) La primera intervención de las "Yeguas" fue en la Feria Internacional del Libro de Santiago (1987) donde aparecieron vestidos como damas de la (C. E. M. E.), fundación dirigida por la esposa de Augusto Pinochet, mientras repartían información sobre los enfermos y muertos de sida, las "nuevas normalidades" que el mundo prefería no ver.

El *Manifiesto* fue una crítica fina y punzante a la homofobia de la derecha golpista y de la izquierda comunista. Una denuncia del discurso que reivindicaba la clase proletaria mientras perseguía, acosaba y encerraba a los proletarios homosexuales: "no me hable del proletariado / porque ser pobre y maricón es peor" (Lemebel, 2011, p. 218).

Usó la palabra "pobre" y no "proletario" para trascender el eufemismo, la palabra "maricón" en lugar de "homosexual" para replicar las palabras que usaban "los machitos de la esquina" para violentarlo. Estas opresiones nunca fueron suficientemente importantes al interior de los "colectivos comprometidos" ni en Chile, ni en Cuba, ni en México, ni en ningún otro rincón del mundo.

El apellido de su madre marcó su condición trans, de Mardones pasó a ser simplemente Lemebel, lo que se consideró un acto de resistencia micro y macro político. Ser maricón significaba:

Es un padre que te odia / Porque al hijo se le doble la patita / Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro / Envejecidas de limpieza / Acunándote de enfermo / Por malas costumbres / Por mala suerte / Como la dictadura / Peor que la dictadura / Porque la dictadura pasa / Y viene la democracia / Y detrasito el socialismo / ¿Y entonces? / ¿Qué harán con nosotros compañero? / ¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos / con destino a un sidario cubano? / Nos meterán en algún tren de ninguna parte / Como en el barco del general Ibáñez / Donde aprendimos a nadar / Pero ninguno llegó a la costa / Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas / Por eso las casas de caramba / Le brindaron una lágrima negra / A los colizas comidos por las jaibas / Ese año que la Comisión de Derechos Humanos no recuerda / Por eso compañero le pregunto / ¿Existe aún el tren siberiano de la propaganda reaccionaria? (Lemebel, 2011, pp. 218-219).

Increpó a los defensores de la revolución, a la URSS y al socialismo chileno, pasando por todas las “instancias internacionales de derechos humanos” para denunciar la serie de atrocidades que se eligió no percibir: los sidarios cubanos, el tren del general Ibáñez y el tren siberiano en la Unión Soviética.

Como portavoz emergente fue ejerciendo la función de nombrar lo oculto. “¿El futuro será en blanco y negro? / ¿El tiempo en noche y día laboral sin ambigüedades? / ¿No habrá un maricón en alguna esquina desequilibrando el futuro de su hombre nuevo? / ¿Van a dejarnos bordar de pájaros las banderas de la patria libre?” (Lemebel, 2011, p. 219).

Con el *Manifiesto*, Lemebel transgredió la norma de género y la “ley de los silencios” que mantenía a los campos de concentración de homosexuales fuera de la discusión política, ejemplo de ello es lo que hizo el General Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) cuando apresó homosexuales con pretexto de ser enemigos del régimen y les embarcó y lanzó al mar con los pies atados a una piedra. Su presencia y su texto denuncian la dificultad de izquierdas y derechas de moverse en espacios más abiertos a la ambigüedad, al espectro y a los posicionamientos no binarios. Usa como recurso estético el cuestionamiento ácido del contraste: ¿qué tiene de libre la bandera de la patria si no contempla la libertad del amor?

¿Tiene miedo que se homosexualice la vida? / Y no hablo de meterlo y sacarlo / Y sacarlo y meterlo solamente / Hablo de ternura compañero / Usted no sabe / Cómo cuesta encontrar el amor / En estas condiciones / Usted no sabe / Qué es cargar con esta lepra / La gente guarda las distancias / La gente comprende y dice: / Es marica pero escribe bien. (Lemebel, 2011, pp. 219-220).

Se adelanta a su tiempo, anticipa la categoría “sexo/afectiva y queer”, se burla de la doble moral y cuestiona el mundo bipolarizado que considera como leprosa una expresión humana, amorosa y de complicidad. Es marica pero escribe bien, como dijo la crítica.

Su escritura “desvistió” a las autoridades legitimadas porque nunca cedió ante la tentación de la auto censura. Lo mismo denunció el machismo de izquierda que el de derecha:

No sabe que la hombría / Nunca la aprendí en los cuarteles / Mi hombría me la enseñó la noche / Detrás de un poste / Esa hombría de la que usted se jacta / Se la metieron en el regimiento / Un milico asesino / (...) Mi hombría fue morderme las burlas / Comer rabia para no matar a todo el mundo / Mi hombría es aceptarme diferente / Ser cobarde es mucho más duro / Yo no pongo la otra mejilla / Pongo el culo compañero / Y ésta es mi venganza / Mi hombría espera paciente / Que los machos se hagan viejos / Porque a esta altura del partido / La izquierda tranza su culo lacio / En el parlamento/ Mi hombría fue difícil / Por eso a este tren no me subo / Sin saber dónde va / Yo no voy a cambiar por el marxismo / Que me rechazó tantas veces / No necesito cambiar / Soy más subversivo que usted / No voy a cambiar solamente / Porque los pobres y los ricos / A otro perro con ese hueso. (Lemebel, 2011, pp. 220-221)

El manifiesto sirvió para develar las contradicciones de una revolución donde nunca se permitió bailar con cualquiera. Contrastó dos paradigmas disyuntivos: la del cuartel, donde los jóvenes chilenos hicieron servicio militar bajo las órdenes de las fuerzas asesinas producto del golpe militar; y la suya o la de otros como él, que se vieron obligados a construirla en un proceso para convertir el acoso en fortaleza. Una hombría sostenida desde la vulnerabilidad, desde el dolor de habitar una existencia permanentemente repelida e impugnada. Una masculinidad resiliente y más subversiva que ninguna otra: "Yo estoy viejo / Y su utopía es para las generaciones futuras / Hay tantos niños que van a nacer / Con una alita rota / Y yo quiero que vuelen compañero / Que su revolución / Les dé un pedazo de cielo rojo / Para que puedan volar." (Lemebel, 2011, p. 221).

El sobreviviente Lemebel honra a los niños que seguirían naciendo y creciendo vulnerados por el prejuicio sexista. Para ellos la esperanza pasaba, tanto como sucede ahora, por contar con un espacio donde se les permita volar y bordar pájaros en sus banderas.

Bibliografía

- Lemebel, Pedro. (2011). Manifiesto (hablo por mi diferencia). *Anales de la Universidad de Chile* (2), 218-221. doi:10.5354/0717-8883.2011.19449
- Off the Record. (2001) *Entrevista a Pedro Lemebel* [video en línea] YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=NHLBRc3RDmA&t=27s>.
- Urtasun, M. (2012). *Locas que importan: crónicas de sidario de Pedro Lemebel/Queens That Matter: Pedro Lemebel's Crónicas de Sidario*. *Anclajes*, 10(10), 201-213.

ⁱ Andrea Angulo Menassé es Doctora en Salud Colectiva por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y Maestra en Estudios Avanzados de Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Barcelona. Terapeuta Familiar por el Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia (I. L. E. F.) y Facilitadora de Talleres sobre Literatura, Creación Literaria y Narrativa. Migrante transfronteriza, feminista y zapatista desde el 2004.